

POSIBLES REFERENCIAS AL FORMATIVO EN LEYENDAS ABORIGENES

Por
JORGE SALVADOR LARA

Pocas regiones de la América del Sur, como el Ecuador, habrán motivado mayor acopio por los Cronistas y primeros historiadores de tradiciones conservadas por los aborígenes sobre los remotos y oscuros tiempos de los comienzos de su civilización y cultura. Recordemos algunas de ellas: la tradición de Quitumbe, la de los Caras, la de Naymlap que, aunque relacionada directamente con el Perú puede indirectamente vincularse al Ecuador, y la de Viracocha en Manabí.

1.—**La tradición de Quitumbe:** Nos la transmite el P. Anel'io Oliva, jesuita napolitano venido a la América en el siglo XVII, en cuyos comienzos escribió una obra intitulada "De los Reinos del Perú, reyes que tuvo, descubrimiento y conquista de ellos por los españoles, principio de la predi-cación evangélica con la entrada de la religión de la Compañía de Jesús. Introducción a las vidas de varones ilustres della". Los originales —que hoy reposan en el Museo Bri-tánico— fueron aprobados en Lima en 1635 por las auto-ridades españolas eclesiásticas y civiles, pero su autor murió en 1642 sin ver publicada su obra, que sólo en 1895 fue editada en parte. Una de sus fuentes fue el quipocamayo

Catari, cronista de los Incas al decir de Oliva y descendiente de una familia de intérpretes oficiales de los quipos que se remontaba hasta el legendario inventor del sistema, **Illa**, quien habría vivido en remotos tiempos (1).

La tradición de Quitumbe es un conjunto de hermosas leyendas y mitos que bien vale la pena reproducir en su totalidad y que no debe faltar en ninguna antología relacionada con los orígenes, el pasado y el folklore de las regiones ando-ecuatoriales. Hela aquí:

“...y en el tiempo en que estoy escribiendo ésta vinieron a mis manos unos papeles originales, que me dio el doctor Bartolomé Cervantes, racionero de la santa iglesia de los Charcas, en que hallé con puntualidad lo que muchos años he deseado saber, y diré aun que sólo por relación del Quipocamayó **Catari** cronista que fue de los Incas y lo fueron sus padres y todos la tuvieron del primero cronista inventor de los quipos que dije arriba llamado **Illa**, tomando pues la corriente de su principio.

“Digo que después del diluvio general que hubo en el mundo y del cual tuvieron noticia los indios y tienen memoria de él hasta el día de hoy llamándole **Pachacuti**, los primeros que pasaron a habitar esta tierra, ahora fuese por la mar por tempestad deshecha como quieren algunos, ahora por tierra como ventilan y defienden otros, en especial el Padre Joseph de Acosta, ahora saliesen de Africa, de Europa, o fuesen de la nación hebrea, lo cual contradice el mismo Acosta a quien me remito, pues en cosa tan incierta podría cada uno seguir la opinión que más le contentare, aportaron a Caracas, donde poblaron e hicieron alto; de donde después el tiempo adelante se fueron extendiendo en las demás tierras y provincias del Perú.

“De estos primeros pobladores pasaron algunos a las partes de **Sumpa**, que es aquel paraje que ahora los españoles llaman la punta de Santa Elena que está en dos grados, donde tuvieron una gran población, siendo el principal de ellos un cacique llamado **Tumbe**, o **Tumba**, que con su buena industria y gobierno mantuvo su gente en paz y justicia. Este después de algún tiempo, deseoso de descubrir nuevas tierras envió a un capitán suyo con alguna gente a este efecto, y con orden de que dentro de un año volviese con relación de lo que hubiese descubierto, y aunque se pasó el

año ni volvió el capitán ni otro alguno de los que le acompañaron como tampoco se supo el paradero de ellos, hasta que, como diremos adelante, parecieron hacia Chile, el Paraguay, Brasil y otros confines de esta tierra. De no volver esta gente, sin tener nueva de ella, el Cacique Tumbé recibió muy gran pesar, así porque entendía habrían perecido todos con algún caso desastroso, como por no poder en persona buscarlos, siendo ya hombre viejo e impedido, con esta pesadumbre enfermó y falleció. En su muerte dejó mandado que en todo caso fuesen en busca de su gente, y que los suyos descubriendo tierras de nuevo las poblasen.

“Quedan de este Cacique dos hijos varones, el uno llamado **Quitumbe**, y el otro menor **Otoya**. Estos, después de algunos días que murió su padre tuvieron entre sí diferencias sobre el gobierno, de suerte que cada uno vivía con recelo del otro.

“Pero **Quitumbe**, el hermano mayor, como más sagaz, por evitar inconvenientes, determinó dejar su patria y también por cumplir con la orden de su padre. Salió con la gente que le quiso seguir descubriendo tierras, hasta que dio con unos llanos apacibles, donde le pareció era sitio para poblar y más por ser punto a la mar y pobló allí el pueblo de **Tumbes** en memoria de su padre que está en tres grados de altura.

“Antes que **Quitumbe** saliera de su tierra estuvo casado con **Llira**, mujer muy célebre entre los antiguos por su buen parecer, ésta quedó preñada de su marido y con promesa que le hizo que volvería dentro de cierto tiempo señalado, con esta seguridad le dejó ir sin seguirle, que sintió con todo extremo, porque con el mismo se amaban. Llegado el tiempo de su parto parió un infante muy bello a quien su madre llamó **Guayanay**, que quiere decir golondrina, de éste descienden y tienen origen los reyes Incas del Perú, aunque esto fue por grandes venturas y raros sucesos que diré adelante. Volvamos a donde se dejó a su padre **Quitumbe**, que después de tener bien asentadas las cosas de su población, determinó enviar gente que corriese la tierra, así para descubrir otras, como para ver si podía tener alguna noticia de la gente que había enviado su padre, despachó exploradores, éstos llegaron al cabo de muchos días por la costa de la mar a **Rímac**, que es el paraje donde al presente está fundada la ciudad de Lima, imperio de todo el Perú, de donde se volvieron y dieron por relación la mucha y buena tierra que

habían descubierto, aparejadas para nuevas poblaciones, pero que no habían hallado rastro de la gente que buscaban y que había despachado su padre **Tumbe**.

“En este tiempo **Otoya**, el otro hijo menor de **Tumbe**, y hermano de **Quitumbe**, que había dado en **Sumpa**, como estaba solo y sin la compañía de su hermano en el gobierno, dio iarga a su natural mal inclinado, y tan dado a la sensualidad y embriaguez, que haciendo grandes demasías y exorbitancias en ambas cosas, determinaron sus vasallos de matarle con todo secreto, pero no tuvieron el que pedía caso semejante, pues llegó a noticia de **Otoya** la conjuración que le tenían armada; mandó prender a los conspiradores y matarlos bárbaramente; con esto prosiguió con sus vicios hasta que aportaron a aquella tierra unos gigantes tan disformes y temerarios en el aspecto, cuanto crueles en las obras; éstos tiranizaron la tierra y se hicieron tan señores de todos, que teniendo preso a **Otoya** tenían a sus vasallos confusos y atemorizados, pero presto les libró Dios de esta opresión y tiranía con un castigo que envió del cielo contra estos gigantes, que como no tuvieron mujeres y usaban de pecado nefando, por esto llovió copos de fuego de manera que los consumió y abrasó a todos dejando libres a los pobladores de la tierra de tan gran trabajo aunque sin cabeza que los gobernase porque **Otoya** murió en la prisión.

“Hay tradición que estos gigantes llegaron allí por la mar en balsas, que como dije es una junta de maderos, y que eran tan grandes y desproporcionados que tenían tanto uno de ellos de la rodilla abajo, como un hombre ordinario en todo el cuerpo, y que hicieron unos pozos hondísimos en peña viva, que hoy día se ven con agua fresca y dulce en la punta de Santa Elena, que es obra de gran admiración, hállanse ahora en aquel sitio grandísimo huesos de hombres y pedazos de muelas de catorce onzas de peso, de ellas he visto dos o tres tan grandes y desproporcionadas, que contar solo sin ver parecerá increíble, señal cierta que es verdadera la tradición, y que estos gigantes serían semejantes y de la misma casta de los otros que aportaron en la Nueva España y en el distrito de Tlascalá, donde han hallado huesos de la misma grandeza.

“También hay tradición entre los indios quipocamayos que para hacer guerra y consumir a estos gigantes apareció en aquella tierra y población un mancebo hermosísimo y resplandeciente (y si esto fue verdad, pudo ser un ángel del

cielo), y que éste sólo tirándole los copos de fuego los abrasó y consumió a todos, como quiera que sea, es cierto fue fuego del cielo que volvió en cenizas a tan maldita canalla en la tierra.

“No nos olvidemos que Quitumbe, nuevo poblador del pueblo **Tumba**, que sabiendo de la llegada de los gigantes en su patria y tierra de su hermano y de sus crueldades y bestialidades, temeroso de ellos determinó hurtarles el cuerpo y así por estar más seguro, mandó hacer unas canoas y se metió con su gente en la mar. Al segundo día descubrieron una isla y saltando en ella le hallaron fértil y abundante de frutas y otras semillas; entre ellas la del maíz; llamaron la **Puná**, donde contentos del temple suelo y cielo poblaron otro pueblo con determinación de no salir a tierra firme, pero viendo después que era tierra seca y no llovía donde estaba, mudó de temple y suelo, y se fue a la sierra de **Quito**, donde pobló otro pueblo de su nombre; y desde allí algunos de sus compañeros y vasallos pasaron a las partes del sur en contorno de los **Charcas** y **Cuzco**. Pero **Quitumbe**, como era hombre de buen entendimiento, vino hasta **Rímac**, juzgándole que faltándole el riego del cielo para sus sementeras, no le faltaría de la tierra en aquel río, y así en aquel paraje las hizo de regadío y edificó un suntuoso y costoso templo a **Pachacámac**, donde le hizo muchos sacrificios, cuyas reliquias duran hasta el día de hoy cerca de la ciudad de Lima. Acabado con el edificio del templo y con la nueva población, murió **Quitumbe** y le enterraron en la sierra conforme la costumbre de aquella antigüedad bárbara y gentil. Dejó a otro hijo llamado **Thome**, que fue muy belicoso y que fue el primero que en esta tierra inventó guerras pretendiendo sujetar a su dominio las gentes de ella, y gobernaba los llanos y era señor de Quito...”

Hasta aquí la tradición, que se continúa con la de Guayanay, origen, según Catari y Oliva, de los incas del Perú.

Como se ve, la deliciosa e ingenua narración, tan plena de anécdotas místicas, es un abigarrado conjunto de noticias de diversa índole, entremezcladas y confusas, que el etnólogo y el prehistoriador deben interpretar, tratando de desentrañar la verdad.

Por nuestra parte, estamos firmemente convencidos que esta leyenda trae hasta nuestros siglos, episodios remotos que son, al parecer, vestigios del Formativo:

1) Conviene ante todo recalcar en **la antigüedad** que trata de poner de relieve esta tradición: los hechos que narra habrían ocurrido "después del diluvio general que hubo en el mundo"; sus actores habrían sido de "los primeros que pasaron a habitar esta tierra": Catari les llama "primeros pobladores" reiteradamente.

2) Luego conviene subrayar **el escenario inicial**, extrañamente coincidente con los paraderos formativos descubiertos por nuestra moderna arqueología: Caráquez y la Península de Santa Elena. Es cierto que el P. Oliva escribe Caracas, pero es un lugar cercano y anterior a Santa Elena, "en el Reino del Perú", ubicación que los escritores europeos del XVI y del XVII daban a estas regiones andinas que tienen cara al Pacífico: no se trata por tanto de la Caracas venezolana, sino de la Caráquez ecuatoriana. Esto se confirmaría con otras tradiciones similares, como lo veremos luego.

3) En tercer término hay que señalar la irradiación migrante de estos pueblos iniciales a que se refiere la tradición transmitida por Catari: es precisamente éste un carácter propio de la transición de los pueblos cazadores al Formativo: los nómadas o seminómadas preagrícolas empiezan a establecerse en conjuntos poblacionales pero a la postre vuelven a migrar total o parcialmente. En la leyenda de **Tumbe, Quitumbe y Guayanay** se ve esto con frecuencia: asentamientos de población combinados con exploraciones o viajes migrantes. Los grupos que envía **Tumbe**, "deseosos de descubrir nuevas tierras", llegarán, según dice el quipocamayó, a asentarse en Chile, Paraguay y Brasil. **Quitumbe** "salió con la gente que le quiso seguir descubriendo tierras" y cuando por sus tareas no pudo viajar él mismo, "despachó exploradores" que llegaron al Perú, a donde él mismo iría después. Parece verse, como trasfondo de esta leyenda fun-

damental, los grupos migrantes que van y vienen en la América andina, ya bordeando la costa, ya también atreviéndose sobre el mar o sobre las montañas. Vale la pena señalar que los exploradores que **Quitumbe** envía desde **Tumbes** "llegaron al cabo de muchos días por la costa de la mar a Rímac".

4) De estas rutas terrestres de migración es importante observar la que parte desde el litoral hacia el Altiplano andino: **Quitumbe**, según la tradición recogida por Oliva a través de **Catari**, sube desde el golfo del Guayas a poblar "la sierra de Quito". La moderna arqueología ha señalado la migración de la costa a la sierra de las culturas formativas ecuatorianas, dato que se confirma con esta tradición y con otras, según veremos.

5) A lo largo de la tradición de **Tumbe-Quitumbe-Guayanay** aparecen algunos datos importantes relacionados con el sistema de vida de estos pueblos, correspondientes justamente al tránsito de los grupos nómadas de cazadores-pescadores-recolectores al sedentarismo agrícola, no solamente por la fundación de núcleos poblacionales estables de que da cuenta Oliva, sino de modo especial a detalles más concretos: Guayanay, en la segunda parte de la leyenda, encuentra en la costa grupos de gente bárbara "vestida de pieles de animales", es decir que aún no conocían ni el cultivo de fibras vegetales como el algodón, ni el arte del tejido; y durante su exilio en una isla, **Guayanay**, el hijo de **Quitumbe** y **Lira**, vive en forma más primitiva que su padre pues se sustentaba de "yerbas, frutas y raíces": volvió, pues, a ser un recolector; **Quitumbe**, en cambio, ya conoce la agricultura y en **La Puná** descubre una nueva semilla: el maíz. Este es un dato de gran importancia para la prehistoria del Ecuador, tanto porque nos confirma la época formativa a que pertenece esta leyenda, cuanto porque nos da a conocer la más remota referencia al cultivo del maíz en la región andino-ecuatoriana: gentes de un pueblo primitivo (**Quitumbe** fue hijo de **Tumbe** o **Tumba** que con su mujer "fue-

ron de los primeros pobladores de las tierras de **Sumpa** y señores de ellos, que es donde hoy llamamos la Punta de Santa Elena, según lo repite Oliva), al descubrir una nueva isla "saltando en ella la hallaron fértil y abundante de frutas y otras semillas, entre ellas la del maíz". El dato quedó grabado en la memoria colectiva —señal del impacto que hizo y de su importancia— y mereció ser recogido por Illa, el inventor de los quipos, y transmitido de generación en generación hasta Catari.

6) Ya conocía, por tanto, la agricultura, el pueblo que gobernaba Quitumbe. Había dado el salto a la civilización y a la cultura. Y la expandían con su periplo migrante. **Quitumbe** es un civilizador y un fundador de poblaciones. Su figura mitológica ha trascendido a su época y resurge poderosa ante nosotros, casi como un semidiós o un titán. El mismo cronista se siente cautivado ante este adalid y le pinta con caracteres magníficos. Es sagaz, prudente y previsor; hijo amante, se empeña en cumplir los mandatos de su padre; ama a su esposa Llira; para no pelear con su hermano Otoya hace el sacrificio de abandonar su patria y hasta su familia; es un perpetuo descubridor de nuevas tierras y fundador de pueblos: en recuerdo de su padre, funda Tumbes; sube a la sierra andina, y funda Quito, para perpetuar su nombre; envía exploradores que llegan hasta el Rímac y le traen noticias de aquella tierra; luego irá él mismo a ella y, hombre religioso, fundará el templo de Pachacámac; por fin enviará exploradores a poblar el Cuzco y Charcas. Quitumbe, como un monarca progresista, hará inclusive obras de regadío. Su único pecado será no volver al hogar de Llira, no sabemos si por su voluntad o por fuerza de las circunstancias: Guayanay, hijo de ambos, será el origen de la dinastía inca del Cuzco a través de su nieto Manco-Cápac, aunque esta denominación de "nieto" hay que interpretarla no en el sentido literal, sino como línea genética. Y **Thome**, su otro hijo, será señor de Quito, fundador quizás de Tomebamba. Tal es, a través de la tradición, la

fisonomía legendaria de Quitumbe, fundador mitológico de la actual capital del Ecuador, ciudad que aparece así, ya con personalidad propia, desde los remotos tiempos del período formativo, ¡hace casi 2.500 años!

7) Una de las características del Período Formativo es la fuerte tendencia al culto religioso en santuarios ceremoniales: la mención que se hace de Pachacámac, fundado por Quitumbe, confirma la época formativa que hemos asignado a esta leyenda. Como curiosa coincidencia que subraya nuestra hipótesis, conviene señalar que según Alden Mason, el célebre templo cercano a Lima habría comenzado probablemente a edificarse 330 años a.C. (2).

8) Por último, queremos poner de relieve cómo en la leyenda de Quitumbe resaltan las remotas vinculaciones prehistóricas entre el Ecuador y el Perú: de aquí partirían hacia allá las corrientes formativas y probablemente retornarían en un flujo y reflujo que la moderna arqueología parece confirmar. A la postre, los grupos dinásticos de Quito y Cuzco, según Catari, vendrían a tener como antepasado común a **Tumbe**, el primitivo migrante que aportó a Caráquez.

Tales son las consideraciones que la lectura de la tradición de Quitumbe nos sugiere.

“Como una comprobación del fondo de verdad de este mitológico origen de la ciudad de Quito —decían en 1952 en un artículo (3)—, quedan en la geografía de nuestra patria, en las regiones a que hace alusión el quipocamayo Catari, algunos nombres relacionados con **Tumbe** y **Quitumbe**, los héroes de la leyenda. También existen patronímicos indígenas, en toda la sierra ecuatoriana, vinculados a los toponímicos”. Presentamos, entonces, a la consideración de los estudiosos, 33 nombres relacionados con esas dos voces de la célebre leyenda que acabamos de transcribir. En 1940 el Profesor Aquiles Pérez, en la “Antropogeografía” de su “Geografía del Ecuador” había sido el primero en intentar un cuadro toponímico de esa naturaleza, con sólo

11 palabras, pero atribuyendo erróneamente la leyenda de Quitumbe al P. Juan de Velasco (4). En 1956 —o sea después de nuestra primera monografía al respecto— rectificó el error y presentó 9 voces más (5). En 1960 el Lic. Alfredo Costales Samaniego, notable investigador de nuestra etnografía y dilecto amigo, en su libro "Karapungo" (6), reprodujo mi lista, aunque olvidó citar la fuente.

He aquí un cuadro comparativo de 42 topónimos y antropónimos conservados en el Ecuador en relación con Quitumbe, el fundador mitológico de la ciudad de Quito:

1. TUMBE o TUMBA: jefe de la expedición llegada a Sumpa y padre de Quitumbe;
2. Tumbe: apellido en la provincia del Azuay;
3. Tumbes: tribu prehistórica del golfo de Guayaquil;
4. Tumbes: río que desemboca en el mismo Golfo;
5. Tumbes: población a orillas de ese río existente desde la prehistoria;
6. Tumbal: dios indígena de la guerra entre los antiguos punaes;
7. Tumbalá: cacique de la isla Puná a la llegada de los españoles;
8. Tumba: dos lomas de la Provincia del Chimborazo, conocidas con los nombres de Tumba-grande y Tumba-chico;
9. Tumbaco: pueblo al E. de Quito;
10. Tumbaco: apellido indígena de Saquisilí;
11. Tumbaico: apellido indígena de Latacunga;
12. Tumbayllacu: apellido indígena de la Provincia del Chimborazo;
13. Tumbatú: sitio al N.O. del pueblo de Guayllabamba;
14. Tumbatú: sitio al O. del pueblo de Cahuasquí;
15. Tumbana: apellido indígena de Atocha y San Bartolomé;
16. Tumbabiro: pueblo al N.O. de Ibarra;

17. Suitumba: apellido indígena de la Provincia de Pichincha;
18. Tumbivichi: Quebrada al S. de Atuntaqui;
19. Tumbihuán: nombre primitivo del pueblo de San Sebastián;
20. Tumbi: apellido indígena de Licán;
21. Llamagtumbi: apellido indígena de la Provincia de Pichincha;
22. Tomalá: apellido indígena en la Península de Santa Elena;
23. Tumbuco: Hacienda al S. de la villa de San Miguel (Bolívar);
24. Tumbuel: apellido indígena en la Provincia del Chimborazo;
25. Tumbunuma: topónimo de la Provincia de Loja;
26. Tumbaga: nombre aborigen de la aleación de oro, plata y cobre;
27. QUITUMBE: fundador mitológico de Quito;
28. Quitumba: Hacienda al N.E. del pueblo de Imántag;
29. Quitumbita: diminutivo híbrido de Quitumba con que se conoce otra hacienda cercana;
30. Quitubí: topónimo de la Provincia del Carchi;
31. Quitubí: pequeño río a orillas de la Hacienda Quitumba;
32. Quitoburo: sitio al S. de la villa de Otavalo;
33. Quitobuela: lugar de Pimampiro;
34. Quito: nombre de la antigua tribu de la Provincia de Pichincha;
35. Quito: nombre de su último monarca;
36. QUITO: nombre de la capital del Ecuador;
37. Quito: apellido indígena de Urcuquí;
38. Quito: apellido indígena de la Provincia del Tungurahua;
39. Quito: apellido indígena de la región de Riobamba;
40. Quito: apellido indígena de Santa Isabel, Provincia del Azuay;

41. Quito: apellido indígena del Ejido de Loja;
42. Quictu: apellido indígena de Guamote;
43. Quiteiro: apellido de indio colorado;
44. Iñaquito: campo vecinal cercano a Quito por el lado Norte;
45. Quitoloma: pucará preinca en Cangahua. (7).

Tan repetida presencia de estas voces en la onomástica ecuatoriana dan un especial valor a la tradición de Quitumbe que, por ello, tiene que ser considerada muy especialmente en nuestra Prehistoria.

II. La tradición de los Caras. Nos la transmite el P. Juan de Velasco, en el siglo XVIII, en su "Historia del Reino de Quito en la América Meridional", que terminó de escribir en 1789. (8) Se refiere ella al arribo por mar de un grupo migrante que se establece en Manabí pero luego abandona su primitivo habitat dirigiéndose hacia Esmeraldas y luego ascendiendo a la Sierra, donde establece su dominio. Dejando para otro estudio el análisis de esta tradición en lo que se refiere a su expansión hacia y en el Altiplano ecuatoriano, veamos ahora lo que dice el P. Velasco sobre su origen y migraciones:

Afirma que hubo "una nación extranjera que llegó a las costas del mar del Sur, por la parte del Poniente" (I,36), "...llegaron éstos navegando en grandes balsas..." (II,11), "...arribó a la América... navegando en balsas, no de juncos, como se dice de los gigantes, sino de grandes maderos, unidos unos con otros. Lo cierto es que esta especie de embarcación simple, sencilla y fácil, sobre la cual se fabrica una casa entera, si se quiere, se usó en aquella costa desde tiempo inmemorial, y se usa hasta ahora, siendo segura y capaz de gobierno de remos y velas..." (I, 278). "...se dilataba desde la ensenada de Charapotó hasta el cabo de San Francisco... el primer teatro de la nación extranjera que se estableció en él, viniendo como los gigantes por el mar..." (II,11).

“Esta nación, cuyo origen se ignora, se estableció y propagó tanto en aquella costa, que llegó a formar reinado menos bárbaro que el de todos sus confines...” (1,360). “Es fama constante que se apoderó aquella nación de la costa del mar, y que por ella fue denominada Cara” (1,278). “Se apoderó de ellos la nación Cara extranjera, que arribó por el mar a su bahía y le dio su nombre, como también a la ciudad que fabricó sobre ella” (1,575). “Su principal cabeza o régulo, llamado Carán, dio el nombre de Cara a la ciudad que fundó sobre la Bahía, donde arribó con su gente, por la cual tomó también el nombre de Bahía de los Caraques” (11,11). “La nación extranjera llamada Cara por su principal cabeza Carán, que se intitulaba Scyri o señor de todo...” (11,12). “Su régulo llamado Scyri, esto es, el Señor de todos, según su idioma, fue el fundador de la antiquísima ciudad de Cara, sobre la Bahía de Caraques. Por ella daban unos a los de esta nación el nombre de Cara y otros por su régulo el de Scyri, en sentir de algunos; pero lo más cierto es que se llamaba de ambos modos, porque el nombre propio del régulo era el de Carán...” (1,360). “Su principal cabeza o soberano se llamaba Scyri, que en su idioma quería decir el Señor de todos. Fabricaron éstos sobre la Bahía, que por eso se dice de Caraques, la ciudad llamada también Cara, como quieren los más, o Cora, como quieren algunos” (1,278). “Antiguamente era de los mejores (puertos) el de la Bahía de los Caraques, donde estuvo la antiquísima ciudad de Cara...” (1,52). “...los antiquísimos vestigios de ella, de piedra toda labrada...” (1,278). “Bravo de Saravia... aseguró indubitable el que... los Caras eran ultramarinos, últimamente establecidos sobre las costas de la América Meridional, donde arribaron por la parte del poniente...” (1,272).

Estas tradiciones eran “tan comunes y circunstanciadas en las costas de... Guayaquil, Manta y Cara, que, examinándolas los primeros conquistadores las vieron verificadas con sus ojos. Decían uniforme todos esos indios, que había

grandísimas tierras e innumerables islas en todos esos mares; que sus antepasados habían venido por allí, y que desde la Costa habían navegado también a esas distantes tierras, pasando siempre por unas islas a otras..." (I,273). "El mayor conocimiento de la náutica, que tuvieron en el Perú se debió a éstos, desde que arribaron en sus balsas a la costa, con palos y velas capaces de bordear..." (I,362). "Establecidos y propagados aquí, por bastantes años, fueron peregrinando a la parte del Norte, siguiendo solamente las costas y poco o nada tierra adentro, hasta que finalmente pasaron a Quito por el río Esmeraldas..." (II,11). "En el motivo por qué los Caragues o Scyris se internaron hasta apoderarse del Reino de Quito... no convienen las tradiciones. Unos indios decían que por huir de los gigantes, que vivían cercanos en Manta, y en la Punta de Santa Elena, los cuales mataban a sus mujeres queriendo abusar de ellas. Otros indios decían que habiendo experimentado los Caras malsana aquella primer provincia, se habían establecido hacia el Norte, sobre la misma Costa del Mar, en la parte que hoy se reconoce con el nombre de Atacames y Esmeraldas; y que con esa ocasión se fueron internando..." (I, 278). "La nación extranjera llamada Cara... fue siempre insubsistente, hasta no establecerse en el Reino de Quito. El no haber permanecido en la primer provincia donde fabricó la ciudad de Cara, atribuyen algunos al temor de los gigantes que vivían entonces en las cercanías de Manta. He mostrado que este motivo es improbable; porque fue muy anterior (según hice mis cálculos en la Historia Natural) la época de los gigantes. Es más natural lo que otros presumen, esto es, que, hallando malsano aquel país, fueron subiendo hacia el Norte, en busca de otro que fuese más apto para la vida humana..." (II,12). "Transmigando los Caras hacia el Norte, fueron estos países ocupados por otras pequeñas tribus bárbaras, también insubsistentes, las cuales heredaron el nombre de Caras" (II, 575). "Después que dejaron enteramente los países de Cara, se volvieron a dila-

tar hacia las costas del mar, las tribus de las otras naciones que habitaban tierra adentro, las cuales todas se reconocieron después con el mismo nombre de Caras, que heredaron de los extranjeros. La tribu que en lugar de ellos se estableció en la Bahía y habitó en la abandonada ciudad de Cara, tenía la particularidad de comprimir y prolongar las cabezas de los niños..." (II,11). "Tacames o Atacames... ocuparon sucesivamente los extranjeros Caras, que siempre transmigraron buscando mejor país. Las tribus que sucedieron a ellos, o que tal vez se formaron de algunos residuos de ellos mismos, fueron en las Costas los Esmeraldas, Quaquis y Silanchis y pocos otros, como también los de las islas de Tumaco y de la Tola..." (II, 11). Atacames "fue ocupado después por la Nación Cara, extranjera e insubsistente, hasta que, internándose por el río de Esmeraldas, se apoderó del Reino de Quito" (II, 564). "En la Provincia de Atacames hallaron pocas ventajas, porque, siendo todas las Costas del Mar húmedas, calientes y desproveídas de muchas cosas necesarias para vivir, deseaban y buscaban siempre más cómoda situación para su permanente establecimiento..." (II,12).

Esta tradición, sobre la que necesariamente habrá que volver a estudiar críticamente la cultura de los pobladores de Quito, tiene gran importancia porque se refiere a episodios que la moderna arqueología ha puesto de relieve, cuales son:

- a) La migración a Manabí de grupos marinos foráneos, quizás transpacíficos;
- b) que se establecieron en la zona de Bahía de Caráquez, dominando al parecer pueblos preexistentes menos cultos;
- c) pero que no siempre subsistieron en la región viéndose obligados a migrar por la Costa, en especial hacia el Norte;
- d) y luego a internarse, ascendiendo al fin al Altiplano, a la región de Pichincha e Imbabura.

Como se ve, en sus líneas generales es perfectamente aceptable la tradición sobre los Caras recogida por el P. Juan de Velasco, pues queda confirmada por la sucesión cultural que acepta la moderna arqueología: Bahía de Caráquez I y II, Jama-Coaque I y II; Atacames - La Tolita-Tumaco.

III.—**La tradición de Naimlap**: Esta se refiere sólo indirectamente a nuestro país y ha sido transmitida hasta nosotros gracias al clérigo Miguel Cabello Balboa, escritor del siglo XVI, quien fue autor, hacia 1585, de la "Miscelánea Antártica", publicada por primera vez en forma completa por don Jacinto Jijón y Caamaño en 1945 a base de los manuscritos originales que se guardan en la Lenox Library de la Biblioteca Pública de Nueva York.

La leyenda de Naimlap es relatada por Cabello Balboa al fin del capítulo 17º que se refiere a las conquistas del Inca Túpac Yupanqui en Quito y al viaje que hizo por mar desde Manta hasta unas islas desconocidas. He aquí la leyenda:

"Dicen los naturales de Lambayeque (y con ellos conforman los demás pueblos a este valle comarcanos) que en tiempos muy antiguos que no saben numerarlos vino de la parte suprema de este Pirú con gran flota de balsas un padre de Compañías, hombre de mucho valor y calidad llamado **Naimlap** y consigo traía muchas concubinas, mas la mujer principal, dicese haberse llamado Ceterni, trujo en su compañía muchas gentes que así como a capitán y caudillo lo venían siguiendo, mas lo que entre ellos tenía más valor eran sus oficiales que fueron cuarenta, así como **Pita Zofi** que era su trompetero y tañedor de unos grandes caracoles, que entre los indios estiman mucho; otro **Ninacola** que era el que tenía cuidado de sus andas y silla; y otro, **Ninagintue** a cuyo cargo estaba la bebida de aquel señor a manera de botiller; otro, llamado **Fonga-Sigde** que tenía cargo de derramar polvo de conchas marinas en la tierra que su señor

había de pisar; otro, **Occhocalo** era su cocinero; otro tenía cuidado de las unciones y color con que el señor adornaba su rostro, a éste llamaban Xam-Muchec; tenía cargo de bañar al señor Olopcopoc; labraba camisetas y ropa de pluma otro principal y muy estimado de su príncipe **Llapchiluli**, y con esta gente (y con otros infinitos oficiales y hombres de cuenta) traía adornada y autorizada su persona y su casa.

“Este señor **Naimlap**, con todo su repuesto, vino a aportar y tomar tierra a la boca de un río (ahora llamado Faquisllanga) y habiendo allí desamparado sus balsas se entraron la tierra adentro, deseosos de hacer asiento en ella, y habiendo andado espacio de media legua fabricaron unos palacios a su modo, a quien llamaron Choc, y en esta casa y palacios convocaron con devoción bárbara un ídolo que consigo traían, contrahecho en el rostro de su mismo caudillo, éste era labrado en una piedra verde, a quien llamaron **Zampañec**, que quiere decir: figura y estatua de **Naimlap**.

“Habiendo vivido muchos años en paz y quietud esta gente y habiendo su señor y caudillo tenido muchos hijos, le vino el tiempo de su muerte, y porque no entendiesen sus vasallos que tenía la muerte jurisdicción sobre él, lo sepultaron escondidamente en el mismo aposento donde había vivido y publicaron por toda la tierra, que él (por su misma virtud) había tomado alas y se había desaparecido. Fue tanto lo que sintieron su ausencia aquellos que en su venida lo habían seguido, que aunque tenían ya gran copia de hijos y nietos, y estaban muy apasionados en la nueva y fértil tierra lo desampararon todo, y despulsados, y sin tiento ni guía salieron a buscarlo por todas partes, y así no quedó, por entonces, en la tierra, más de los nacidos de ella, que no era poca cantidad, porque los demás se derramaron sin orden, en busca del que creían había desaparecido” (8).

Posteriormente el ilustre americanista peruano Dr. Luis E. Valcárcel realizó una nueva edición de la “Miscelánea Antártida”, cotejando el manuscrito de Nueva York con

otro, hallado en la Universidad de Austin (Texas). En lo que a la leyenda de Naimlap se refiere sólo hay, como variaciones, los nombres de Ñinacola y Ñinagintue en vez de Ninacola y Ninagintue; y de Chot por Choc (9).

El relato del P. Cabello Balboa presenta un nuevo testimonio sobre un primitivo grupo migrante que llega a costas americanas del Pacífico, esta vez a Lambayeque (Perú). ¿Por qué, entonces, reproducimos este episodio? Porque indirectamente parece referirse a aborígenes procedentes de las costas ecuatorianas: "vino de **la parte suprema** de este Pirú con gran flota de **balsas** un padre de compañías", dice el texto de Cabello Balboa. Y no sólo nosotros sino aún científicos de tanta autoridad como Valcárcel son de la misma opinión sobre la procedencia ecuatorial de Naimlap. He aquí lo que el sabio peruano afirma en su ya clásica "Historia de la Cultura Antigua del Perú": "Naimlap y su comitiva llegan a la costa de Lambayeque en una gran flota de balsas. ¿De dónde? Probablemente no más lejos que del litoral de Manta y Puertoviejo" (10).

Se confirma, pues, una vez más, la importancia de la costa manabita como punto de arribada y partida de grupos migratorios, claramente sugerida en las tradiciones aborígenes que acabamos de reseñar, y manifestada también con los aportes de la moderna arqueología.

IV.—**La tradición de Viracocha en Manabí:** Otro gran cronista de Indias del siglo XVI, Pedro Sarmiento de Gamboa, es quien en su "Historia General llamada Indica", que terminó de escribir en 1572 pero sólo en 1906 fue editada por Pietschman en Berlín, nos da a conocer la vinculación que la zona de Portoviejo tiene, según las tradiciones peruanas, con Viracocha, la deidad creadora y civilizadora.

Ticci Viracocha Pachayachachi, según las leyendas que recoge y transmite Sarmiento de Gamboa, fue el "Creador de todas las cosas", el que "crió los hombres a su semejanza" pero luego les castigó y destruyó enviándoles al dilu-

vio general. Posteriormente Viracocha recreó la especie humana: "Dicho es cómo por diluvio **huno pachacuti** todo fue destruído; es, pues, agora de saber que Viracocha Pachayachachi, cuando destruyó esta tierra, como se ha contado, guardó consigo tres hombres, el uno de los cuales se llamó **Taguapácac**, para que le sirviesen y ayudasen a criar las nuevas gentes que había de hacer en la segunda edad, después del diluvio". Narra a continuación el cronista la acción creadora de la divinidad en la región del lago Titicaca, donde **Taguapácac** se rebela y es castigado, desapareciendo; y en la zona de Tiahuanaco, donde ordenó que los nuevos hombres se multiplicasen sobre la tierra; y en la del Cuzco, donde fue adorado y le levantaron una estatua. Después de relatar todas estas andanzas de aquel ser mítico tan recordado por los incas, "que fue un hombre de mediana estatura, blanco y vestido de una ropa blanca a manera de alba ceñida por el cuerpo y (que) traía un báculo y un libro en las manos", Sarmiento de Gamboa reproduce en estos términos la partida de Viracocha: "Tornando, pues, al propósito de la fábula, Viracocha prosiguió su camino, haciendo sus obras e instruyendo las gentes criadas. Y desta manera llegó a las comarcas donde es agora Puerto Viejo y Manta, en la línea equinoccial, adonde se juntó con sus criados. Y queriendo dejar la tierra del Pirú, hizo una habla a los que había criado, avisándoles de cosas que les habían de suceder. Les dijo que vendrían gentes algunas que dijesen que ellos eran el Viracocha, su criador, y que no los creyesen, y qué en los tiempos venideros les enviaría sus mensajeros, para que los amparasen y enseñasen. Y esto dicho, se metió con sus dos criados por la mar, e iban caminando sobre las aguas, como por la tierra, sin hundirse. Porque iban caminando sobre las aguas como espuma, le llamaron Viracocha, que es lo mismo que decir grasa o espuma del mar..." (11).

En algunas de las tradiciones anteriores que hemos transcrito, la zona de Manabí es punto de arribada de mi-

graciones, quizás transpacíficas; en ésta, es punto de partida, hacia la alta mar, para no regresar, nada menos que de la divinidad credora, de Viracocha, el civilizador, el que iba "instruyendo a las gentes criadas". Muchos mitos deben estar confundidos y contemporaneizados en esta tradición que recoge Sarmiento de Gamboa, pero destaca en ella la importancia de Manta y Puertoviejo, o sea la misma zona de que se ha hablado ya en las otras tradiciones: la zona mediante la cual se vinculan con el Pacífico remoto los pueblos andinos; a donde llegan y de donde parten las migraciones que quedaron indeleblemente impresas en la psiquis colectiva.

Quizás parte de esta tradición pueda interpretarse mejor en un período posterior de la prehistoria aborígen, porque la vinculación Tiahuanaco-Cuzco-región equinoccial que acabamos de ver tal vez refleje una expansión cultural tiahuanacoide; pero, sin perjuicio de traerla de nuevo a colación cuando estudiemos este importante horizonte cultural del área andina, no podemos menos que señalar la gran antigüedad de esta leyenda en cuanto se refiere a épocas en que se puebla el área andina e inician esos remotos habitantes el camino de la cultura.

Conclusiones:

De la revisión de estas leyendas, que en algunos aspectos coinciden entre sí, parece desprenderse, como algo cierto, lo siguiente:

- a) La llegada de varios núcleos migratorios, por mar, en diversos tiempos, a la costa pacífica de la América del Sur, de modo especial a la zona de Manabí y Península de Santa Elena;
- b) La capacidad marinera de esos grupos, quizás transpacíficos, pues en la región se mantuvieron tradiciones de contacto con islas lejanas, por lo que la zona de Manta fue no sólo punto de arribada sino aun de partida, de las

balsas migratorias, capacidad marinera que también ha sido puesta de relieve por Olaf Holm (12);

c) La región de Manabí parece haber sido un foco de irradiación cultural hacia el Norte, hacia el Altiplano y hacia el Sur;

d) La ruta migratoria hacia el Perú parece haber sido no sólo marinera sino también terrestre, por el litoral y aun por el alto Ande;

e) Algunas de estas leyendas sugieren un retorno de influencias desde el Sur, por manera que parece adivinarse del contexto de las tradiciones aborígenes un flujo y ref'lujó cultural que no se puede desestimar;

f) Los caracteres culturales expansivos, propios del Formativo, con sus aspectos religiosos de culto, aparecen claramente insinuados en varias de estas leyendas, si bien ellas deben seguramente mostrar, confundidos y contemporaneizados, mitos correspondientes a períodos más antiguos e inclusive también más modernos de la Prehistoria americana.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Sobre Oliva: Hans Horkheimer: "El Perú Prehistórico", Editorial Cultural Antártica, Lima, 1950, pág. 44.—Raúl Porras Barrenechea: "Fuentes Históricas Peruanas", Juan Mejía Baca y P.L. Villanueva, Editores, Lima, 1953.—Jacinto Jijón y Caamaño, "El Ecuador Interandino y Occidental antes de la Conquista Castellana", Editorial Ecuatoriana, Quito, Vol. I, 1941; Jorge Salvador Lara: "Antecedentes Mitológicos de la Ciudad de Quito", Revista "Museo Histórico" N° 18. La tradición completa está reproducida en este mismo número de la revista "Museo Histórico".
- (2) Alden Mason: "Las antiguas culturas del Perú", Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1962, pág. 83.
- (3) Jorge Salvador Lara; Art. cit., 1953.
- (4) Aquiles Pérez: "Geografía del Ecuador", Editorial Gutenberg, 1940, pág. 174.

- (5) Aquiles Pérez: "Historia de la República del Ecuador", Litografía e Imprenta Romero, 1956.
- (6) Lic. Alfredo Costales Samaniego: "KARAPUNGO", IPGH, Plan Plito del Ecuador, 1960.
- (7) Las voces 1, 3, 4, 6, 7, 25, 9, 16, 32, 33 constan en Aquiles Pérez, 1940; las palabras 2, 12, 17, 21, 23, 24, 28 y 35, en Aquiles Pérez, 1956; las palabras 5, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 18, 19, 20, 22, 26, 27, 29, 30, 31, 34, 36, 37, 38, 39 y 40 en Salvador Lara, 1953. (Costales al tomar este cuadro añadió las voces Tiumbil y tunduy, como aporte suyo, pero indudablemente no pertenecen a la serie).
- (8) Los textos que se citan son tomados de la edición hecha para la Biblioteca Ecuatoriana Mínima por "Editorial Cajica" en 1960, con texto revisado sobre el original por el P. Juan Espinosa Pólit, S.I.
- (9) Los textos se citan sobre la edición de Jijón y Coamaño, Editorial Ecuatoriana, 1945.
- (10) Luis A. Valcárcel: "HISTORIA DE LA CULTURA ANTIGUA DEL PERU", Lima, vol. II, pág. 118.
- (11) Pedro Sarmiento de Gamboa: "HISTORIA GENERAL LLAMADA INDICA", edición de Buenos Aires, Editorial Emecé, 1943.
- (12) Ver el trabajo de Olaf Holm sobre la navegación prehispánica de los manteños.